

plaza pública para la edición del 6 de noviembre de 1992
% Tres elecciones tres
% Focos rojos para el PRI
miguel ángel granados chapa

En un sistema de partido dominante, que sólo por excepción ha perdido gubernaturas, el interés principal de los comicios para renovar el Poder Ejecutivo local se centra en las posibilidades de la oposición para remontar sus desventajas congénitas (puesto que su actuación es, en el mejor de los casos, tolerada) y ganar las elecciones, o mostrar de manera evidente las trampas electorales, o poner de manifiesto la incapacidad del triunfador para efectivamente gobernar. Con ese parámetro hay que medir los comicios que pasado mañana, domingo 8, se efectuarán en Puebla, Sinaloa y Tamaulipas. Se enlistan esas entidades por orden alfabético, que corresponde también al de su ubicación en una escala de menor a mayor posibilidad de que los candidatos de la oposición realicen sus objetivos.

En Puebla el candidato sobresaliente es el del PRI, no sólo por esa circunstancia, sino porque aspiró a la Presidencia de la República y dos veces ocupó cargos en el gabinete federal. Por tal motivo, los adversarios de Manuel Bartlett aparecen con escasas posibilidades de venderlo, máxime que sus partidos sufrieron quebrantos en los procesos de selección interna. Ricardo Villa Escalera, del PAN, se beneficiará de los efectivos que alcance, en la disputa por la alcaldía de la capital, el dirigente empresarial Jorge Ocejo. Antonio Tenorio Adame, del PRD, es dueño de una trayectoria y una personalidad merecedoras de mejor suerte, pero no la tendrá debido a las condiciones objetivas en que se presenta. Aunque en Puebla se escenifica el probablemente mayor multipartidismo de todo el país (los cuatro partidos de la oposición gobiernan 25 municipios), los comicios de 1986 se resolvieron con un 77 por ciento de los votos para el candidato priísta. El gobernador Mariano Piña Olaya se esforzará por hacer que su virtual sucesor (cuyos destinos quedaron indisolublemente vinculados cuando Puebla aportó el 6 de julio de 1988 la votación que permitió al PRI proclamarse vencedor) refrende al menos un porcentaje análogo.

En Sinaloa contienden también candidatos de esos tres partidos: Renato Alvarado, del PRI, Emilio Goicochea, del PAN, y Juan N. Guerra, del PRD. La disputa real ocurre entre los dos primeros, por la creciente influencia panista en Culiacán y Mazatlán y otros centros urbanos, que lo hizo llegar al 27 y al 25 por ciento de los votos en las elecciones de 1986 y 1989. Contrariamente a lo que se aprecia en casi todo el país, en Sinaloa la legislación electoral promovida por el gobernador Francisco Labastida contó con el



asentimiento de los partidos minoritarios, y no constituirá motivo de discordia. Puede serlo, en cambio, la pugnacidad con que Goicoechea, antiguo dirigente empresarial caracterizado entre los *duros*, busque promover su causa si la votación le fuera adversa y resultara, además, viciada.

El conflicto mayor puede suscitarse en Tamaulipas. Se reúnen allí factores que casi inevitablemente conducirán a la colisión. El gobierno saliente es imperceptible, y cuando es advertido, más valdría que no lo fuera. Es decir, el gobernador Américo Villarreal ha tenido un pésimo desempeño. Aunque el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, desde hace tres lustros la principal fuerza opositora, se escindió ahora, se mantiene como una presencia hostil al partido oficial. Uno de sus antiguos miembros, Jorge Cárdenas González, que ganó hace tres años la alcaldía de Matamoros no consiguió que su partido, el PARM avalara su candidatura al gobierno estatal. Pero obtuvo algo mejor, e insólito, alcanzado sólo antes por el doctor Salvador Nava en San Luis Potosí y Rodolfo Elizondo en Durango: la coalición entre el PAN (que ha sorprendido con sus incrementos recientes, los cuales le permitieron tomar posiciones inesperadas, como la alcaldía de Ciudad Mante y una diputación federal en Ciudad Victoria) y el PRD que lucha por abrirse paso y consolidarse en una entidad de posiciones volátiles. El candidato del PRI, Manuel Cavazos Lerma, inteligente y original, apadrinado por el propio Presidente Salinas, se encontró con un estado renuente a admitirlo con facilidad. Los dos candidatos son personas resueltas, y un infortunado desliz de Cavazos (patrocinar un juicio político contra Cárdenas González, del que hubo de arrepentirse) encontró la comprensible animosidad entre rivales. La complejidad propia de Tamaulipas (grandes intereses rurales, narcotráfico, tensiones fronterizas) completa el panorama inquietante, del que conviene no quitar los ojos.

— γ —

El ciclo de intervenciones gubernamentales sobre el tema quedó cerrado por el ~~mis~~ mismísimo Presidente de la República. En un escenario preparado ex profeso --un retrato de Madero fue sobrepuesto al de Carranza en el salón que lleva el nombre de este último, en Los Pinos--, y con aire solenne, Salinas declaró, hablando en tercera persona;

"Ante la nación ratifico que el Presidente Carlos Salinas de Gortari no promoverá ni aceptará que se promueva ninguna iniciativa que intentara modificar el principio de la no reelección. La reelección no tiene cabida, ni siquiera como insinuación".

He allí un firme compromiso político. Compelido por las circunstancias, el Presidente fue ~~respetuoso~~ contundente, inequívoco. Decretó, sin lugar a dudas, el fin de una tentación. Si alguna vez resucita, no será en los próximos dos años.



■ PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ Tres elecciones tres

■ Focos rojos para el PRI

En un sistema de partido dominante, que sólo por excepción ha perdido gubernaturas, el interés principal de los comicios para renovar el Poder Ejecutivo local se centra en las posibilidades de la oposición, para remontar sus desventajas congénitas (puesto que su actuación es, en el mejor de los casos, tolerada) y ganar las elecciones, o

mostrar de manera evidente las trampas electorales, o poner de manifiesto la incapacidad del triunfador para efectivamente gobernar. Con ese parámetro hay que medir los comicios que pasado mañana, domingo 8, se efectuarán en Puebla, Sinaloa y Tamaulipas. Se enlistan esas entidades por orden alfabético, que corresponde también al de su ubicación en una escala de menor a mayor posibilidad de que los candidatos de la oposición realicen sus objetivos.

En Puebla el candidato sobresaliente es el del PRI, no sólo por esa circunstancia sino porque aspiró a la Presidencia de la República y dos veces ocupó cargos en el gabinete federal. Por tal motivo, los adversarios de Manuel Bartlett aparecen con escasas posibilidades de vencerlo, máxime que sus partidos sufrieron quebrantos en los procesos de selección interna. Ricardo Villa Escalera, del PAN, se beneficiará de los efectivos que alcance, en la disputa por la alcaldía de la capital, el dirigente empresarial Jorge

Ocejo. Antonio Tenorio Adame, del PRD, es dueño de una trayectoria y una personalidad merecedoras de mejor suerte, pero no la tendrá debido a las condiciones objetivas en que se presenta. Aunque en Puebla se escenifica el probablemente mayor multipartidismo de todo el país (los cuatro partidos de la oposición gobiernan 25 municipios), los comicios de 1986 se resolvieron con un 77 por ciento de los votos para el candidato priísta. El gobernador Mariano Piña Olaya se esforzará por hacer que su virtual sucesor (cuyos destinos quedaron indisolublemente vinculados cuando Puebla aportó el 6 de julio de 1988 la votación que permitió al PRI proclamarse vencedor) refrende al menos un porcentaje análogo.

En Sinaloa contienden también candidatos de esos tres partidos: Renato Alvarado, del PRI; Emilio Goicoechea, del PAN, y Juan N. Guerra, del PRD. La disputa real ocurre entre los dos primeros, por la creciente influencia panista en Culiacán y Mazatlán y otros centros urbanos, que lo hizo llegar al 27 y al 25 por

ciento de los votos en las elecciones del 1986 y 1989. Contrariamente a lo que se aprecia en casi todo el país, en Sinaloa la legislación electoral promovida por el gobernador Francisco Labastida contó con el asentimiento de los partidos minoritarios, y no constituirá motivo de discordia. Puede serlo, en cambio, la pugnacidad con que Goicoechea, antiguo dirigente empresarial caracterizado entre los duros, busque promover su causa si la votación le fuera adversa y resultara, además, viciada.

El conflicto mayor puede suscitarse en Tamaulipas. Se reúnen allí factores que casi inevitablemente conducirán a la colisión. El gobierno saliente es imperceptible, y cuando es advertido, más valdría que no lo fuera. Es decir, el gobernador Américo Villarreal ha tenido un pésimo desempeño. Aunque el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, desde hace tres lustros la principal fuerza opositora, se escindió ahora, se mantiene como una presencia hostil al partido oficial. Uno de sus antiguos miembros, Jorge Cárdenas González, que ganó hace tres años la alcaldía de Matamoros, no

consiguió que su partido, el PARM, avalara su candidatura al gobierno estatal. Pero obtuvo algo mejor, e insólito, alcanzado sólo antes por el doctor Salvador Nava en San Luis Potosí y Rodolfo Elizondo en Durango: la coalición entre el PAN (que ha sorprendido con sus incrementos recientes, los cuales le permitieron tomar posiciones inesperadas, como la alcaldía de Ciudad Mante y una diputación federal en Ciudad Victoria) y el PRD que lucha por abrirse paso y consolidarse en una entidad de posiciones volátiles. El candidato del PRI, Manuel Cavazos Lerma, inteligente y original, apadrinado por el propio Presidente Salinas, se encontró con un estado renuente a admitirlo con facilidad. Los dos candidatos son personas resueltas, y un infortunado desliz de Cavazos (patrocinar un juicio político contra Cárdenas González, del que hubo de arrepentirse) enconó la comprensible animosidad entre rivales. La complejidad propia de Tamaulipas (grandes intereses rurales, narcotráfico, tensiones fronterizas) completa el panorama inquietante, del que conviene no quitar los ojos.